

dido en su casaca con un alfiler contenía estas palabras: «Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi mujer, no he querido permanecer un día más en una tierra manchada de crímenes». Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo.

Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural por las inspiraciones del genio de una mujer ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquélla no es más que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad la república á la anarquía, y las víctimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece una página arrancada de la historia de los grandes suicidas antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez: como Catón, por la libertad de su patria; como Séneca, por el amor de una mujer. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor, mezclado con su patriotismo, dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto más grande de la vida, aquel hombre, ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria, puesto que debía llegar á una muerte digna de la antigüedad.

## LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convención Isabeau y Tallien en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec-d'Ambes.—Estos buscan un asilo en Saint-Emilion.—Madama Bouquey los recibe.—Su separación.—Valady toma el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á París.—Grangeneuve y Biroteau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Le llevan moribundo á Burdeos y le conducen al cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Biron.—Mr. y Mme. Angrand d'Alleray.—La municipalidad se adelanta á la Convención.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasías.—Hebert y Chaumette.—Profanación del culto católico.—Inauguración del culto de la Razon.—Destrucción de los sepulcros de San Dionisio.—Exhumación de los restos mortales de los reyes.

### I

¿Qué hacían, entre tanto que morían Roland y su esposa, sus más queridos amigos, Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado desembarcando fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña Isabeau y Tallien se les habían adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energía al jacobinismo y desplegando el terror, habían ahogado en pocos días el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad, encarcelado á los negociantes, dado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y vuelto su propia patria contra los girondinos. La sumisión de Lyon, el exterminio de Tolon, el suplicio de Vergniaud y de sus amigos, habían consternado y en la apariencia convertido á la Gironda á la unidad republicana. En ninguna parte se afectó un patriotismo más sombrío, en ninguna parte se temió tanto la sospecha de complicidad con los representantes proscritos, porque en ninguna parte había más peligro de hacerse sospechoso. En ninguna parte era el terror más vigilante que en Burdeos. Cada choza de la Gironda tenía su comité de salud pública, su ejército revolucionario, sus delatores y sus verdugos.

### II

Al llegar al Bec-d'Ambes, Guadet había dejado á sus colegas ocultos en casa de su abuelo; este asilo era precario, y Guadet había ido á prepararles otro más seguro en la pequeña población de Saint-Emilion, su país natal. Pero ni aún en Saint-Emilion había encontrado asilo seguro más que para dos de ellos, y eran siete. El

mensajero que le llevaba esta triste noticia al Bec-d'Ambes encontró á los fugitivos cercados ya por algunos batallones enviados desde Burdeos, y fortificados en sus casas y armados con algunos pares de pistolas y con trabucos; armas que eran suficientes para vengarse, pero no para defenderse. La noche favoreció su fuga. Se fueron á Saint-Emilion, no para librarse, sino á perderse. Los satélites de Tallien, que forzaron la casa donde se habian refugiado, momentos despues de haberse fugado, escribieron á la Convencion que habian encontrado sus camas aún calientes.

El padre de Guadet, anciano de setenta y dos años, les franqueó generosamente su casa; los amigos de su hijo le parecian otros tantos hijos suyos, y se hubiera avergonzado de no exponer los pocos dias que le faltaban de vida por salvarlos. Apenas hacía dos ó tres horas que se habian refugiado en aquella casa sospechosa, cuando les comunicaron la proximidad de cincuenta caballos que habian seguido sus huellas por medio de los campos. El mismo Tallien habia acudido con los sabuesos más listos de la policía de Burdeos. Los diputados girondinos tuvieron tiempo de escaparse. Tallien puso al padre de Guadet bajo la vigilancia de dos hombres armados encargados de espiar sus pasos, sus palabras y sus miradas, é hizo confiscar los bienes de su hijo. Además organizó un club de terroristas en el mismo pueblo en que se habian refugiado los girondinos contra el Terror.

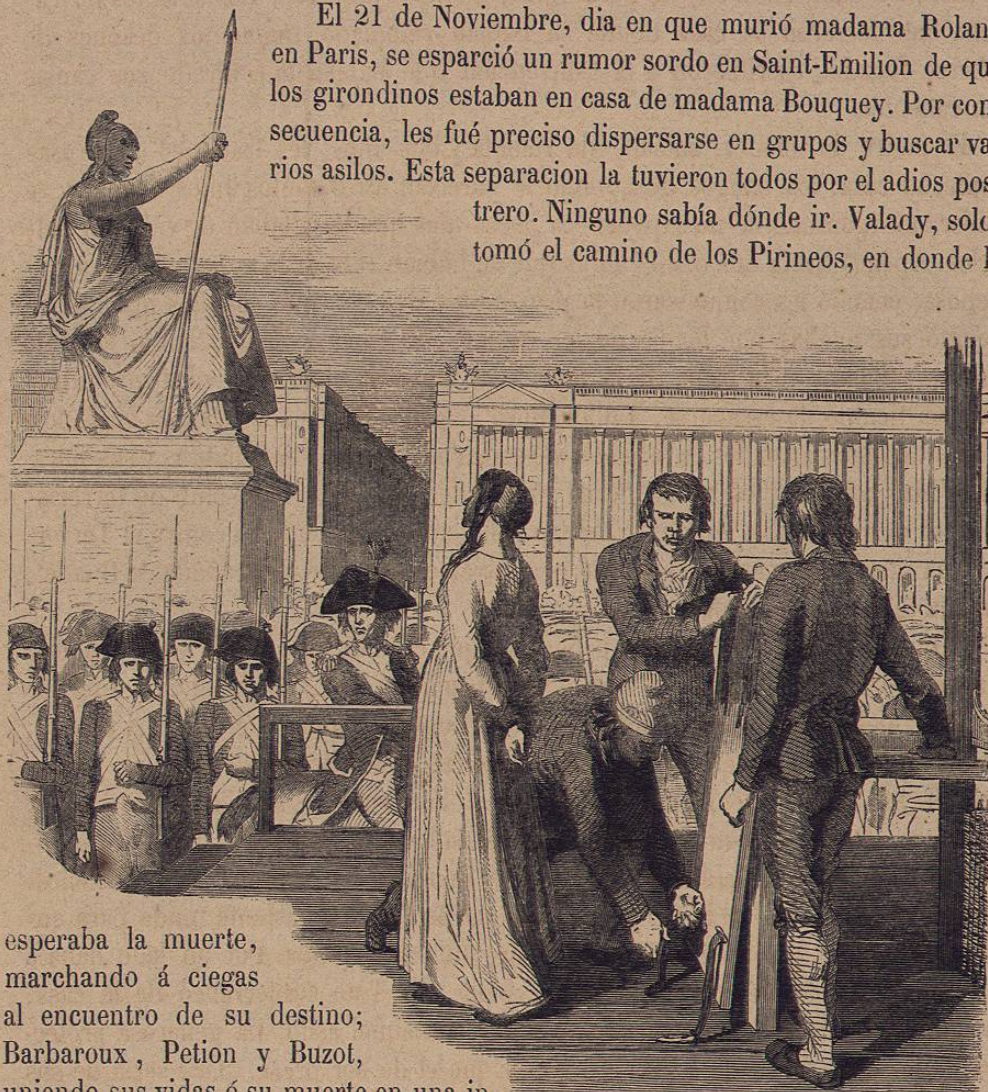
Una mujer solamente se sacrificó por salvarlos, que fué una cuñada de Guadet, llamada madama Bouquey.

Habiendo sido informada del peligro en que estaban su cuñado y sus amigos, se apresuró á salir de Paris, en donde vivia tranquila, para dar acogida á aquellos hombres, desconocidos en su mayor parte, aunque algunos queridos. La piedad, esa debilidad de la mujer, se convierte en fuerza en las grandes ocasiones, y consuela de los excesos de la revolucion con el heroísmo de su sacrificio. Guadet, Barbaroux, Buzot, Petion, Valady, Louvet y Salles entraron secretamente una noche en el angosto subterráneo que madama Bouquey tenia preparado para ellos. Unicamente el centro de la tierra era bastante profundo y bastante mudo para enterrar vivos á los girondinos. Este asilo era una catacumba. Por un lado daba á un pozo de treinta piés de profundidad, y por otro á un subterráneo de la casa. No habia pesquisa domiciliaria capaz de dar con aquel asilo. La generosa protectora de los girondinos no tenia otro temor que el de ser presa. ¿Qué sería de sus huéspedes, enterrados en aquel sepulcro cuya losa sólo ella levantaba? También temía que los descubriesen al verla comprar tantas provisiones diariamente. El hambre tenia exhaustos los mercados, y á nadie se le vendia más pan que el que se habia calculado que necesitaba cada familia, y eso con órden de la municipalidad. Madama Bouquey no tenia derecho más que á una libra diaria, y se privaba de ello por repartirlo entre los proscritos. Algunas legumbres, frutas secas y algunas aves compradas furtivamente, componian la comida de aquellos hombres, que disimulaban su hambre, y sin embargo, la alegría, que es la salsa del infortunio, reinaba en aquellos banquetes de espartanos.

Cuando no eran tan rigurosas las pesquisas, madama Bouquey sacaba á sus amigos del subterráneo, haciéndoles sentar á su mesa, respirar el aire libre, ver el cielo por la noche, y proporcionándoles libros y papel. Barbaroux escribía sus Memorias, y Buzot su defensa. Louvet anotaba sus relaciones con la ligera pluma

con que habia escrito sus novelas, haciéndose el héroe de sus propias aventuras. Petion también escribió, pero con estilo más severo. Los misterios de su popularidad, tan indignamente conquistada y tan animosamente abdicada, se traslucian en sus escritos. Estas confidencias nos habrian dado á conocer á aquel hombre, pequeño en el poder, pero grande en la adversidad.

El 21 de Noviembre, dia en que murió madama Roland en Paris, se esparció un rumor sordo en Saint-Emilion de que los girondinos estaban en casa de madama Bouquey. Por consecuencia, les fué preciso dispersarse en grupos y buscar varios asilos. Esta separacion la tuvieron todos por el adios postrero. Ninguno sabía dónde ir. Valady, solo, tomó el camino de los Pirineos, en donde le



esperaba la muerte, marchando á ciegas al encuentro de su destino; Barbaroux, Petion y Buzot, uniendo sus vidas ó su muerte en una indisoluble amistad, se dirigieron por medio de los campos hácia las landas de Burdeos, esperando que se perderian sus huellas en aquel desierto; Guadet, Salles y Louvet pasaron el primer dia en una cantera. Un amigo de Guadet debia ir por la noche á buscarlos para conducirlos, á seis leguas de allí, á casa de una mujer rica á quien Guadet habia defendido en un pleito que habia ganado, y del cual pendia su fortuna. El amigo no tuvo valor, y no fué á la cita. Guadet y sus amigos partieron solos y á la ventura. El frio, la nieve y la lluvia helaron sus desabrigados miembros. Por fin, á las cuatro de la mañana llegaron á la puerta de su cliente. Guadet llamó, se dió á conocer y fué rechazado, volviéndose desesperado adonde habia dejado á sus amigos. Allí encon-

Ejecucion de madama Roland.—Pág. 251.

tró á Louvet desmayado de hambre y de frío al pié de un árbol. Guadet volvió á la casa é imploró en vano, primero una cama, luego un poco de fuego, y despues un vaso de vino para un amigo moribundo. La ingratitud deja llorar y hasta morir á las gentes sin volverles respuesta. Guadet se presentó en aquella casa por tercera vez. Sus cuidados y los de Salles hicieron volver en sí á Louvet. Este tomó una resolucion desesperada que le salvó.

Perseguido por la imágen de una amiga que habia dejado en Paris, se decidió á volverla á ver ó á morir; abrazó á Salles y á Guadet, repartió con ellos algunos asignados que le quedaban, y tomó solo y como pudo el camino de Paris.

## III

Guadet, Salles, Petion, Barbaroux y Buzot se reunieron de nuevo á la noche siguiente en Saint-Emilion, por los cuidados de su bienhechora, en casa de un honrado y pobre artesano. Allí supieron el fin trágico de Vergniaud y de sus amigos, y calcularon estoicamente cuántos golpes le restaba que dar á la guillotina para que todos los girondinos hubieran dejado de existir. Sus almas estaban á la altura del cadalso; pero cuando les anunciaron algunos dias despues el suplicio de madama Roland, se enternecieron y lloraron. Buzot sacó un puñal para herirse, y se vió acometido de un largo acceso de delirio durante el cual prorumpió en gritos que daban á conocer una explosion y un agudo dolor en el corazon. Sus amigos le arrancaron el arma de las manos, calmaron aquel arrebató, y le hicieron jurar que soportaria la vida en memoria de la que tan dignamente habia soportado la muerte. Buzot cayó desde aquel dia en una melancolía y en un silencio que solamente interrumpian algunos suspiros é invocaciones mal articuladas. El golpe que se habia descargado sobre la cabeza de madama Roland á nadie afectó tanto como á Buzot.

Los cinco proscritos respiraron aún algunas semanas en aquel nuevo asilo. Las oscilaciones del comité de salud pública hacian inclinar á la Convencion tan pronto hácia la clemencia como hácia el terror. En Burdeos continuaban los asesinatos en la guillotina: Grangeneuve y Biroteau acababan de sucumbir; pero no dejaban por eso los sicarios de buscar con el mismo afán á las víctimas. El fiel Troquart, huésped de los refugiados en Saint-Emilion, les halagaba con alguna esperanza, pero esta calma fué corta. Algunos comisionados más implacables enviados de Paris reanimaron la sed de venganza que iba á ménos en la Gironda. La mayor parte de estos comisionados eran franciscanos y jacobinos, jóvenes de Paris aún imberbes, á quienes el partido de Hebert lanzó á Nantes, á Troyes y á Burdeos para acostumbrarlos á la sangre.

Estos reavivaron los suplicios, enviando á la Convencion los boletines de la guillotina, comparables sólo á los de Collot-d'Herbois en Lyon, de Fouché en Tolon y de Maignet en Marsella. La llegada de aquellos procónsules comprimió la indulgencia en las almas y quitó todo asilo á los proscritos. Enviaron desde Burdeos á Saint-Emilion muchos destacamentos del ejército revolucionario dirigidos por un sabueso llamado Marcou, que habia enseñado á otros perros á conocer la pista de los federalistas. Marcou suponía á los girondinos fugitivos en las canteras de Saint-Emilion, adonde llegó de noche cuando ménos le esperaban, seguido de su tropa. Cereó en silencio las casas del padre, de los amigos y de los parientes de

Guadet; lanzó sus perros por aquellas cavernas como podrian lanzarse sobre unos animales dañinos, y dió humo á la entrada de algunas cuevas. Los perros volvieron sin haber hecho presa; pero otro de los sabuesos de Tallien, llamado Favereau, penetró con sus satélites en la casa del padre de Guadet. Aquellos hombres habian ya recorrido en vano toda la casa, y bajaban de ella con las manos vacías, cuando uno de los gendarmes que se habia quedado atras creyó advertir que el granero era más estrecho por el lado exterior de la casa que por el interior, y llamando á sus compañeros, golpearon las paredes con las culatas de sus fusiles, aplicando al mismo tiempo el oido. De repente se oyó preparar un arma. Era Salles que, viéndose descubierto, montó una pistola para matarse ó para defenderse. Al ruido, los



Suicidio de Roland.—Pág. 251.

gendarmes intimaron á los proscritos que se rindieran. La pared cayó á culatazos, y Guadet y Salles salieron á la rastra de aquel escondrijo. Entónces los asieron, los encadenaron y los llevaron en triunfo á Burdeos. Los dos estaban fuera de la ley. Un juicio era superfluo. Su nombre era su único crimen y su sentencia. Salles, condenado á muerte en el mismo dia, pidió permiso para escribir á su esposa y sus hijos. Su alma se desahogó en adioses tan tiernos, que la historia los ha recogido.

«Cuando recibas esta carta,—escribió Salles á su esposa,—ya no viviré sino en la memoria de los hombres que me quieran. ¡Qué carga te dejo! ¡Tres hijos, y nada para criarlos! Sin embargo, consuélate: no moriré sin compadecerte y sin tener esperanza en tu valor; y es un consuelo para mí el pensar que tú no atentarás á tu vida, pensando en tu inocente familia. Amiga mia, conozco tu sensibilidad, y me complazco en creer que llorarás amargamente la memoria de un hombre que ha querido hacerte dichosa, y cuyo principal placer fué el dar educacion á sus dos hijos y á su amada hija. Pero ¿cómo podrias olvidarte de que sólo debes

pensar en ellos en lo sucesivo? Van á quedarse sin padre, y pueden al ménos suplir con sus inocentes caricias las que yo no podré ya hacerte. Carlota, he hecho todo lo que he podido para conservarme. Creía que debía hacerlo por tí, y sobre todo por mi país; me parecía que el pueblo estaba fascinado respecto á los sentimientos de tu desgraciado esposo; que abriría los ojos algun dia, y que entónces sabría por mi boca cuán caros me eran sus intereses. He creído deber vivir tambien para recoger respecto á mis amigos todos los monumentos que pudieran ser útiles á su memoria. En fin, yo debía vivir para tí, para mi familia, para mis hijos. El cielo lo ha dispuesto de otro modo, y muero tranquilo. Había prometido en mi declaración, cuando los acontecimientos del 31 de Mayo, que sabría morir al pié del cadalso, y creo poder afirmar que cumpliré mi promesa. Amiga mia, no me compadezcas. La muerte, á lo que me parece, no tendrá para mí angustias muy dolorosas. He hecho ya un ensayo de ella. He sufrido por espacio de un año entero mil trabajos de toda especie, y no he murmurado. En el momento de cogermé, me he apuntado dos veces con una pistola á la frente, pero esta arma traidora ha burlado mis esperanzas. No quería ser cogido vivo. He tenido la ventaja de haber bebido con anticipacion todo lo que el cáliz tiene de amargo, y me parece que este momento no es tan penoso. Carlota, modera tu dolor y no inspires á nuestros hijos sino virtudes modestas. ¡Es tan difícil hacer el bien de la patria! Bruto hiriendo á un tirano y Caton atravesándose el pecho para libertarse de él, no pudieron evitar que Roma fuese oprimida. Creo que me he sacrificado por el pueblo. Si en recompensa recibo la muerte, tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es muy dulce pensar que llevo al sepulcro mi propia estimacion, y que tal vez algun dia el pueblo reconozca la infame correspondencia que ha tenido conmigo. Amiga mia, te dejo en la miseria. ¡Qué sentimiento para mí! Pero aún cuando te dejase todo lo que poseía, no tendrías ni aún pan, porque tú sabes que, digan lo que quieran, yo no tenía nada. Sin embargo, Carlota, no te desesperes al pensar en tu infelicidad. Trabaja, amiga mia, aún puedes hacerlo. Enseña á tus hijos á trabajar cuando tengan edad para ello. ¡Oh, querida mia! ¡Si tú pudieras con esto no tener necesidad de acudir á los extraños! Sé orgullosa como yo. Espera aún, espera en el que todo lo puede: él es mi consuelo en el último momento. El género humano reconoce su existencia hace mucho tiempo, y yo, que necesito pensar en que el órden ha de existir en alguna parte, no puedo dejar de creer en la inmortalidad de mi alma. Ese Dios, á cuyo tribunal voy á comparecer, es grande, justo y bueno. Voy á presentarle un corazón, si no exento de debilidad, al ménos exento de crímenes y puro de intencion, y como ha dicho muy bien Rousseau, «el que se duerme en el seno de un padre, no pasa miedo de lo que le sucederá al despertarse». Besa á mis hijos, ámalos, créalos, consuélate, consuela á mi madre y á mi familia. ¡Adios, adios para siempre! Tu amigo, —SALLES.»

## IV

«¿Y tú quién eres?» —le preguntaron á Guadet. «Yo soy Guadet... Verdugo, —continuó el Esquino de la Gironda, —haced vuestro oficio. Id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron sin palidecer; cuando la vean ahora, palidecerán todavía.» Al ir á la guillotina se diri-

gió al pueblo, y dijo: «Miradme bien, ved al último de vuestros representantes». Cuando hubo subido al tablado, quiso hablar, pero los tambores ahogaron su voz. «Pueblo, —exclamó indignado, —hé aquí la elocuencia de los tiranos: ahogan los acentos del hombre libre, para que el silencio cubra sus maldades.»

Barbaroux, Petion y Buzot supieron en Saint-Emilion la prision y la muerte de sus colegas. La tierra, minada para ellos en todas partes, no podia tardar en tragárselos. Por la noche salieron de su refugio, llevando por toda provision un pan, en el que la prevision de su huésped habia metido un pedazo de carne fiambre, y ademas tenían algunos puñados de guisantes verdes en los bolsillos de sus vestidos. Marcharon á la ventura una gran parte de la noche. El largo descanso de sus miembros en los asilos en donde languidecian hacia ya ocho meses habia enervado sus fuerzas, y sobre todo las de Barbaroux. Su estatura hercúlea y una obesidad precoz le inutilizaban para andar.

Al amanecer, los tres amigos se encontraron á las inmediaciones de Castillon, aldea cuyo nombre y posicion ignoraban. Era el dia de la fiesta del pueblo; el pito y el tamboril recorrían todos los senderos, convocando ántes de la aurora á los habitantes á los banquetes y á los bailes. Algunos voluntarios con su fusil al hombro pasaban cantando por el camino. Los fugitivos, asustados y aterrorizados por su situacion, turbados por el insomnio y por la calentura, creyeron que tocaban llamada y que se esparcian por los campos para cogerlos. Se detuvieron y se agruparon al abrigo de una alameda para deliberar lo que debían hacer. Algunos pastores que los observaban de léjos, vieron de pronto salir un fogonazo, oyendo á poco la detonacion de un arma de fuego. Uno de los tres hombres sospechosos cayó contra el suelo, y los otros huyeron á todo correr y se perdieron en un bosque inmediato. Los voluntarios acudieron al tiro, y encontraron á un jóven de talla elevada, de aspecto noble, con la mirada aún fija en su propia sangre; se habia roto una quijada de un pistoletazo. Como tenía la lengua partida, no podia expresarse sino por signos. Le llevaron á Castillon. Su ropa estaba marcada con una R y una B. Le preguntaron si era Buzot, y dijo que no con la cabeza. Preguntado en seguida si era Barbaroux, hizo un signo afirmativo. Conducido á Burdeos en un carretón, y regando el suelo con su sangre, fué reconocido por la belleza de sus formas, y la cuchilla de la guillotina acabó de separar su hermosa cabeza del tronco.

## V

Nadie sabe lo que los bosques y las tinieblas ocultaron durante muchos dias y muchas noches de la suerte de Petion y de Buzot. El suicidio de su jóven compañero, ¿fué á sus ojos una debilidad, ó un ejemplo? ¿Se tiraron cada uno un pistoletazo á la aproximacion de algun animal montaraz, que tomaron por el ruido de los pasos de los hombres que los perseguian? ¿Se abrieron las venas al pié de algun árbol? ¿Murieron de hambre, de cansancio ó de frio? ¿Sobrevivió el uno al otro? El que quedó el último, ¿espiró sobre el cadáver de su compañero? Y en fin, ¿murieron en algun lúgubre y nocturno combate contra los animales carnívoros que los seguian para devorarlos? El misterio, ésta que es la más terrible de las narraciones, cubre aún los últimos momentos de Buzot y de Petion. Sólo se sabe que unos escardadores encontraron algunos dias despues de la muerte de Barbaroux.